

EL TEATRO

GALERIA DRAMATICA

ESCOGIDA

La Maja de Goya

Por Francisco Villaespesa

BUENOS AIRES

LIBRERIA DE J. BONNATI E HIJO

BUENA ORDEN, 259

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

LA MAJA DE GOYA

DRAMA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

Francisco Villaespesa

PERSONAJES

LA MAJA.—BENITA PASTRANA.—MANUELA MALASAÑA.—DOÑA JOSEFINA.—UNA MAJA.—DON FRANCISCO DE GOYA.—PEDRO ROMERO.—DON JACINTO RUIZ DE MENDOZA.—DON MANUEL RUIZ DE VILLANUEVA.—DON MIGUEL DE ALARCON.—JUAN MALASAÑA.—CAPITAN MONCEY.—CAPITAN LEFEVRE.—ANTONIO MOSQUERA.—DOCTOR GALINDEZ.—COSME MORA.—MAURICIO FOURNIER.—JOSE LEBLANC.—OFICIAL FRANCÉS.—UN CENTINELA.—UN MOZO.

Majas, chisperos, soldados españoles y soldados franceses.

La acción en Madrid. Mayo de 1808.

ACTO PRIMERO

San Antonio de la Florida, en un bello y claro atardecer de Primavera. Al fondo, la blanca fachada de la Ermita que reedificó Fontana e inmortalizó Goya, recortándose nítidamente entre el verdor profuso de las frondas y la serenidad azul del cielo. A la izquierda, en primer término, una botillería, con emparrado a la puerta. Bajo el emparrado mesas y sillas rústicas. A la derecha, en el centro de una verja de hierro labrado, tapizada de madreselvas y campanillas, un gran arco de piedra del más puro estilo de Carlos III, que sirve de entrada a los jardines reales.

Benita, Pastrana, Manuela Malasaña, Antonio Mosquera, Cosme Mora y algunas majas y majos, bebiendo y cantando bajo el emparrado, a compás de una guitarra que respuntea uno de ellos. Pedro Romero, que aparece por

la puerta de la botillería, y un mozo viejo, que sirve el vino en grandes jarras de Talavera.

MOS.—¡Venga vino y a cantar!...

MOZO.—(Con sorna cuadrándose an-

te los majos.) Mas, ¿quién añoja el dinero?

PED.—(Adelantándose.)

¡Nadie se mueva a pagar donde está Pedro Romero! (Todos le cercan, saludándole con júbilo.)

COS.—¡No existe en España entera un torero más valiente!...

MAN.—¡Si una corona tuviera, para ceñirla a tu frente me arrancaba la corona!...

PED.—(Arrojando al mozo, sobre una mesa, un bostillo de seda verde sujeto por un ceñidor de oro.)

¡Venga otra ronda!... ¡Y en tanto que quede una pelucona, corra el vino y siga el canto;

que el vino sabe mejor y más y más nos agrada, cuando se apura al amor de una copla bien cantada, contemplando el picaresco vaivén con que las manolas van bordando el árabesco de las danzas españolas!... (Todos vuelven a sentarse. Pedro Romero, de horcajadas en una silla, en el primer término. El mozo sirve otra ronda. Cosme Mora respuntea una seguidilla que bailan Manuela Malasaña y otra maja.)

BEN.—(Cantando.)

El rey de los gabachos dicen que quiere comprarnos la corona de nuestros reyes...

¡Pero no sabe, que aunque nos falta el oro, nos sobra sangre!... (Todos la jalean.)

MOS.—¡Olé, por lo bien cantado!...

COS.—¡Viva tu madre, criatura!...

MOS.—¿Qué querubín te ha enseñado a cantar con tal dulzura?

PED.—(Acercándose a Benita.)

¡Oyéndote, no me atrevo ni siquiera a respirar!...

¡Con otro nuevo cantar perfuma el aire de nuevo, pues parece, hermosa flor, cuando tu voz de oro canta, que tienes un ruiseñor gorjeando en la garganta!

BEN.—(Ruborosa.)

¡Pues volvamos a empezarlo!

¡Cantaré, porque no quiero de nuevo hacerme regar por tan famoso torero!... (Vuelve de nuevo la música y el baile.)

BEN.—(Cantando.)

A Bayona de Francia

se fué Fernando,

a ver a "Buenaparte,"

nuestro aliado...

¡Leones y águilas,

nunca en el mundo han hecho buena alianza!...

PED.—(A Benita.)

¡Danza tú también, chiquilla,

que quiero ver cómo vuelas

bailando esta seguidilla

al son de las castañuelas!...

(Benita Pastrana toma unas castañuelas y baila con Manuela Malasaña, a compás de la guitarra y de las palmas de los majos.)

Dichos y el tío Juan Malasaña, que penetra por el segundo término de la izquierda.

MAL.—(Con indignación, encarándose con los majos.)

¡Muchachos, basta de danza!...

Llegó la hora... ¡Afilad

las navajas, y tomad

de los franceses venganza!...

(Todos se levantan y le rodean.)

PED.—Mas, ¿qué ocurre?...

MAL.—¿No sabéis

lo que en Francia están fraguando?...

¡Mientras el tiempo perdéis

aquí, bebiendo y bailando

en jolgorios y en verbenas,

remachan en tierras extrañas

los hierros de las cadenas que han de esclavizar a España!...

¡Madrid ruge de furor,

porque se está susurrando

que a nuestro Rey don Fernando,

encerró el emperador

con traidora felonía,

por quitarle la corona,

en la torre más sombría

del castillo de Bayona!...

(Movimiento de profunda indignación en el grupo.)

MOS.—¡Nuestras armas vengarán tal ultraje, Malasaña,

y a buscarle a Francia irán todos los majos de España!

MAN.—¡A nuestro Rey sacaremos en triunfo de su prisión, y en su lugar, meteremos al propio Napoleón!...

MAL.—Mas hay noticias peores que las que habéis escuchado... *(Todos vuelven a cercarlo con ansiedad.)*

¡Dicen que existen traidores en la Junta, y que han tratado, haciendo la vista extraña a su sangre y a su ley, de vender también a España como vendieron al Rey!...

(Aumenta la indignación de los majos.)
MAN.—*(A los majos.)*

¡Vuestra sangre no se altera?...
¡Majos, a palacio id,

y arrastrad la Junta entera por las calles de Madrid!...

PEL.—*(Interrumpiendo la indignación general con voz grave y serena.)*

Crédito a hablillas no demos de la inquietud popular, y tranquilos esperemos los sucesos para obrar...

(Ofreciendo un jarro de vino al tío Malasaña.)

MAL.—*(Tomando el jarro.)*

¡Veréis qué pronto despacho!...

COS.—*(Alzando el suyo.)*

¡Brindad antes, Malasaña!...

MAL.—¡Por que no quede un gabacho para contarlo, en España!...

(Todos brindan, apurando los jarros, en medio de una ligurada de risas y gritos.)

Dichos, Mauricio Fournier y José Leblac, granaderos franceses, que penetran por el arco de la derecha.

PED.—*(Veniendo a los granaderos.)*

Silencio, aquí vienen dos...

MAL.—*(Llevándose la mano a la faja.)*

¡Lo que es esos granaderos no han de irse, vive Dios,

sin probar nuestros aceros!...

PED.—*(Con severidad.)*

¡Toda pendencia rehuid!...

¡Silencio! ¡No mancellad

la noble hospitalidad

que es orgullo de Madrid!...

(Volviéndose a algunos majos que intentan marcharse por la izquierda.)

¡Quietos todos!... ¡Y volvamos

a la danza y a beber,

no se vayan a creer

que por miedo nos marchamos!...

(Todos vuelven a ocupar sus puestos, mientras los soldados franceses avanzan altaneramente y se sientan junto a la primera mesa de la derecha.)

LEB.—*(Sentándose.)*

¡Me abraso de sed!...

FOU.—*(Al mozo.)*

¡Buen viejo,

danos pronto una botella

del vinillo más añejo

que bajo el sol que destella

este cielo azul de España,

la misma sed nos acosa

que en la llanura famosa

que el Nilo fecunda y baña!...

(El mozo coloca una botella de vino u dos jarros sobre la mesa.)

LEB.—*(Vacía la botella en el jarro, y apurándole a grandes tragos.)*

¡Rico vino!...

MOS.—*(Reñiéndose, a los majos.)*

¡Con tal brío

bebe, que fuera capaz

de secar, de un trago, el río!...

PED.—*(Conteniéndose.)*

¡Tengamos la fiesta en paz!...

FOU.—*(Al mozo, viendo que apenas queda vino en la botella.)*

¡Venga otra, vive Dios,

que ni amores de doncella

ni el vino de una botella

se reparten entre dos!...

LEB.—*(Después de apurar su jarro, mientras el mozo vacía otra botella en el de Fournier.)*

¡Sargento, nuestro camino

fuera triste, a no tener,

para alegrarle, el buen vino

y el amor a la mujer!...

FOU.—*(Bebiendo.)*

¡Pues bendice esta campaña,

si ambas dichas gozar quieres,

que para vino y mujeres
es un paraíso España!
(Los majos prosiguen bebiendo en silencio, dirigiendo de vez en cuando miradas agresivas o burlescas a los franceses)

LEB.—*(Volviéndose al mozo.)*
¡Venga vino, condenado!...
MOZO.—Mas, ¿quién paga el consumo?...
[mido?...

LEB.—*(Con altanería.)*
¡Con habérsenos bebido
está de sobra pagado,
que el soldado con decoro,
viendo su bolsa agotada,
paga de su deuda el oro
con el hierro de su espada!...
(Amenazante al mozo.)
MOZO.—¡Pagad primero!...
(Viendo a Leblanc que se alza y empuña la espada.)

¡Por la fuerza no me humillo,
que el filo de vuestro acero
se mellará en mi cuchillo!...
(Da un salto atrás y se dispone a defenderse. Algunos majos se alzan, llevándose las manos a las fajas.)

PED.—*(Conteniéndoles.)*
¡Las manos quietas, muchachos!...
MOS.—¡Sus bravatas nos sublevan!...
PED.—*(Al mozo.)*

¡Sirve vino a esos gabachos,
que yo pago cuanto beban!...
LEB.—*(A Pedro Romero, sin dejar su actitud agresiva.)*

¡Atenciones os debemos
por tanta cortesanía,
mas dejad que castigemos
de ese majo la osadía!

PED.—*(Con severidad.)*
La violencia y los castigos
son licitos en la guerra:
¡mas a título de amigos
entrásteis en esta tierra,
y no está bien que paguéis
de tan injusta manera
la hospitalidad sincera
que a nuestra patria debéis!...
¡Si mi convite aceptáis,
su imprudencia perdonad,
y tranquilos apurad
todo el vino que queráis!...

(Los franceses agradecen con un movimiento de cabeza. Todos vuelven a

sentarse.)
FOU.—*(A Leblanc, en voz baja.)*

¡Prudencia!, Leblanc!...
LEB.—*(Bebiendo.)*
¡No puedo

tolerar tanta altivez,
y si hoy por prudencia cedo,
ya me vengaré otra vez!...
FOU.—*(Bebiendo.)*

Pronto tendrás ocasión...
LEB.—¿Tú esperas?...
FOU.—¡Que se levante

con arrestos de gigante
contra Francia esta nación!...
LEB.—*(Exaltándose con el vino.)*
¡Vive Dios, que eso me agrada,
porque de tanto reposo,
oxidada está mi espada
y mi fusil herrumbroso!...
(De pronto, sonriendo, como asaltado por una idea repentina.)

¡Y la maja?...
FOU.—*(En voz baja.)*

El capitán
en acecho de la moza...
Nuestra gente y la carroza
ya prevenidos están
en medio de esa espesura...
(Señalando a los jardines reales.)

¡Y vive Dios, que prefiero,
a servirle de tercero
en tan infame aventura,
desplegada la bandera
y al tronar de la metralla,
asaltar una trinchera
en un campo de batalla!...

¡Que no es digno de un soldado
del ejército imperial,
entre sombras y ayudado
cual cobarde criminal,
inmolando su deber
en aras de su rencor,
acechar a una mujer
para robarle el honor!...

LEB.—*(Después de haber apurado su jarro, exacerbado por la embriaguez.)*
¡En guerras como en amores
de arduos siempre hay que usar,
que a veces son los mejores
caminos para triunfar!...

(Pequeña pausa. Vuelven a beber. Los majos cuchichean mientras resuena, quedo y trémulo, el pespunteo de la guitarra.)

FOU.—(Volviéndose a los majos.)

¿Qué pasa?... Bajo el verdor

lujuriente de esa parra,

¿por qué una copla de amor
no suspira la guitarra?...

PED.—(Conteniendo con un gesto el
movimiento de protesta de los majos,
y dirigiéndose después a los france-
ses.)

¡Franceses, si os causa agrado
nuestros cantos escuchar,
acercáos al empujado!...

(Volviéndose a Benita.)

¡Benita, empieza a cantar!...

(Cosme Mora preludia de nuevo, en
la guitarra. Los franceses se levantan,
medio ebrios, y se dirigen bajo el em-
pujado.)

MAL.—(A Leblanc, mostrándole una
silla.)

Si quieres nuestra compañía,

aquí hay sitio, granadero...

(Ofreciéndole un jarro de vino.)

Pero, ¡brindarás primero

por Fernando y por España!...

LEB.—(Jactanciosamente.)

¡Desechad vuestra arrogancia,

que hay otro brindis mejor!...

¡Brindad conmigo por Francia

y por nuestro Emperador!...

MAL.—¡Por España y por Fernando
solamente brindaremos!...

(Los majos se levantan, dejando de
tocar.)

LEB.—(Amenazante, echando mano a
la espada.)

¡Mas a la fuerza os haremos

que brindéis!...

MAL.—(Cuadrándose de la tibia.)

Mas ¿cómo y cuándo?...

LEB.—(Desenvainando la espada.)

¿Cuándo?... ¡Ahora!... ¿Y cómo?...

¡Así!

(Le tira un tajo, que el tío Malasaña
escriva de un salto.)

MAL.—(Tirando de la navaja.)

¡Y yo dejaré en tu cara

ahora este recuerdo, para

que no te olvides de mí!...

(Los majos se disponen a acometer a
los franceses. Fournier tira de la es-
pada para defender a su compañero,
cuando por el segundo término de la
izquierda aparece el teniente don Ja-

cinto Ruiz de Mendoza y se interpone
entre los dos bandos.)

Dichos y el teniente don Jacinto Ruiz
de Mendoza.

RUIZ.—(Conteniendo a los granade-
ros.)

¡Atrás!...

(Volviéndose a Pedro Romero.)

Mas, ¿qué ha sucedido?...

PED.—¡Al vino adora el soldado!...

¡Tanto vino han trasegado,

que la cabeza han perdido!...

LEB.—(Altivamente, a los majos.)

¡Dad gracias al oficial,

que si no, sabríais, osados,

lo que valen los soldados

del ejército imperial!

FOU.—¡Si no tuviese el deber

nuestra mano encadenada,

veriais!...

RUIZ.—(A los granaderos.)

¡Al cinto la espada,

que espacio habéis de tener

en que con más arrogancia

podréis blandirla mejor,

para defender a Francia

en los campos del honor!

(Los granaderos empuñan sus espa-
das, saludan militarmente y salen por
el arco de la derecha.)

Todos, menos Fournier y Leblanc.

BEN.—(Acenándose al teniente Ruiz.)

¡Jacinto!...

RUIZ.—(Contemplándola con ternu-
ra. Su voz se suaviza de amor al es-
trechar sus manos.)

¡Benita mía!...

¿Qué has hecho, di?...

BEN.—(Señalando a la hija de Ma'a-
saña.)

Con Manuela

pasamos cantando el día

a compás de esa vihuela...

(Cambiando de tono, con iprocche
infantil.)

¿Por qué tan tarde has venido?...

RUIZ.—Mis deberes militares
en Madrid me han retenido...

(A las majas.)

¡Tornad a vuestros hogares,
que la noche se avecina,
y sus sombras triscioneras
protegen la indisciplina
de esas tropas extranjeras
que, con disfraz de amistad,
en España se han entrado,
aun con más rapacidad
que en un país conquistado!...

MOS.—¡Tranquilo estad, mi teniente,
que van bien acompañadas!...

Si algún francés insolente,
siquiera con las miradas
a ultrajarlas se arreviera,
para vengar tal ultraje,
mi navaja, de un viaje,
el corazón le partiera!...

MAL.—¡De sufrirlo va no hay medio;
y como llegue a estallar
la indignación popular,
en Madrid no va a quedar
un francés para un remedio!...

(Todos saludan al teniente Ruiz y a
Pedro Romero y se dirigen al segundo
término de la izquierda.)

BEN.— (Volviéndose con voz baja y
trémula al teniente Ruiz.)

¿Te quedas aquí?...

RUIZ.—(Estrechándole las manos.)

¡Me quedo!...

BEN.—A la hora acostumbrada
te aguardaré en mi morada...

(Con la voz rota de emoción.)

¡Mira que vivir no puedo
sin la luz de tu mirada!...

(Se separa y sale con los majos por el
segundo término de la izquierda.)

Teniente Ruiz y Pedro Romero.

PED.—¿Adónde vais, mi teniente?...

RUIZ.—A ver a Daois y Velarde,
que me han citado esta tarde
al otro lado del puente,
para a solas discurrir
y estudiar de qué manera
vamos a España a eximir
de la opresión extranjera!...

PED.—¿Malas noticias?...

RUIZ.—¡Tan malas,
que no vamos a encontrar
plomo para tantas balas

como vamos a gastar!...

PED.—¿Tan graves las nuevas son?...

RUIZ.—Fernando, preso en Bayona,
ha abdicado la corona
de España, en Napoleón...
(Trémulo de ira.)

¡Y obró bien villanamente!...

PED.—El monarca, ¿qué iba a hacer
sóló y preso?...

RUIZ.—¡Perecer

con la corona en la frente;
porque corona tan bella,
de tan fúlgidos diamantes,
bien merece morir, antes
que desorendérse de ella!...

PED.—¡Mas estos reinos leales
no aceptan la abdicación,
que aun hay personas reales
para regir la nación!

RUIZ.—¡Nuestra ilusión nos engaña,
que también a los infantes
se los llevan!... ¡Pero antes
tendrán que arrasar España!...

¡Será impotente su afán,
que en tanto que bajo el sol
quede vivo un español,
los infantes no se irán!...

PED.—Mas, ¿qué hacen nuestros que-
rreros?...

RUIZ.—Sin armas y acuartelados,
por los franceses cercados,
también son nuestros soldados
en su patria prisioneros.
¡Viendo sus esfuerzos vanos
para vengar tanto ultraje,
desgarran de rabia el traje,
y les tiemblan de coraje
los fusiles en las manos!

¡Oh, si mi acento pudiera
vencerlos, no amaneciera
en las cumbres la mañana
con sus reflejos triunfales,
sin que la sangre, en la lid,
no corriese, hecho raudales,
por las calles de Madrid!...

PED.—Prevenirse es menester...

Aun no es tiempo... ¡Tened calma!...

RUIZ.—(Con impetuosidad.)

¡Siempre es tiempo, habiendo alma,
para vencer o morir!

Antes que vivir esclavo
bajo el soberbio opresor,
el que es noble y el que es bravo
encuentra mucho mejor

expirar en la campaña,
con el pecho atravesado
por cien balas, abrazado
a la bandera de España!...

PED.—Preso el rey y pronta a huir
la corte, si el odio estalía,
¿qué jefe va a dirigir
nuestra gente en la batalla?...

RUIZ.—¡No es de temer ese mal,
que habrá mientras luzca el sol
en España un general,
que es el valor español!...
¡Y él ha de hacer en el fiero
combate que se avecina,
de una maja una heroína,
y un Cid de cada chispero!...

PED.—¡De qué servirá el valor,
si no tenemos cañones,
ni parques con municiones!

RUIZ.—(Con fiereza.)
¡Para morir con honor,
fundiremos denodados
los más preciados enseres:
las rejas de los arados,
los hierros de los talleres,
y hasta del templo el tesoro,
y de sorpresa en sorpresa,
a la codicia francesa
daremos balas de oro!
¡No hay que perder un momento!...
¡Todo Madrid se estremece
de furor, y hasta parece
que huele a pólvora el viento!...
¡Veréis cuando llegue el día,
y en esta altiva nación
despierte y ruja el león,
cómo nuestra bizzarria
todo a su paso lo arrolla!...

(Dan las siete en el reloj de la er-
mita.)

¡Es hora!... ¿Venís conmigo?...

PED.—¡No puedo!
Aguardo a un amigo:
¡a don Francisco de Goya!...
y no tiene el gran pintor
ni paciencia ni talante,
para tolerar un plante...
¡pues gasta bueno el humor!...

RUIZ.—(Estrechándole la mano.)
¡Adiós!...

(Sale por el segundo término de la
izquierda, sin reparar en la maja, que
penetra por el mismo lado, con un

ramo de rosas blancas y rojas en la
mano.)

PED.—(Al teniente Ruiz, por la ma-
ja.)

¡Mirad lo que viene!...

(Viéndole alejarse sin reparar en ella.)

¡Frisa debéis tener
cuando, al pasar, no os detiene
la gracia de esa mujer!...

Pedro Romero y la Maja.

PED.—(Saliedo a su encuentro, y
tendiéndole gentilmente la capa.)

¡Pasa, reina sin corona,
y deja que como ofrenda
de cariño a tu persona,
al pasar, la capa extienda
para alfombra de ese pie,
ramillete de azucenas,
tan diminuto que apenas
si cuando pisas se ve!...

LA MAJA.—(Deteniéndose graciosa-
mente ante la capa.)

¡Apártala de mi lado,
que si la piso al pasar,
sin querer voy a manchar
las sedas de su bordado!...

PED.—¡Sin temores adelanta
la gracia de tus chapines,
que ha de bordarla tu planta
de claveles y jazmines!...

¡Y sólo siente mi mal,
que para pie tan ligero,
esta capa de torero
no fuese un manto imperial!...

LA MAJA.—(Pasando.)

¡Tanto me lo has ponderado,
que me lo voy a creer!...

¡Adiós!...

(Queriendo marcharse.)

PED.—(Deteniéndola.)

Detente, mujer...

(Contemplando el ramo de rosas.)

¡En qué jardín has cortado
ese ramo tan fragante
de aterciopeladas hojas,
blancas como tu semblante
y como tus labios rojas?...
No sé, y en verdad lo digo,
viéndoos a la par tan bellas,
si tú te adornas con ellas
o ellas se adornan contigo!...

¿Para quién esos primores
cortaste?... ¿Adónde vas,
rosal humano, que das
al par sonrisas y flores?...
Dime, ¿quiénes a las brisas
dan aromas más preciosas,
las rosas o tus sonrisas,
tus sonrisas o las rosas?...

LA MAJA.—¡Prosigue vertiendo per-
| las

por los labios, sin cesar!...
¡Quién pudiera recogerlas
para formar un collar!...
¡Bien dice el cantar que eres,
y de comprobarlo acabo,
tan gentil con las mujeres
como con los toros bravo!...

PED.—¿Me conoces?...

LA MAJA.—(Sonriendo.)

¡Qué salero!

¿Quién en esta villa y corte,
por la arrogancia del porte,
no conoce al gran Romero,
si todos tienen cansadas
las manos, y aun doloridas,
de aplaudir en las corridas
tus soberbias estocadas!...

PED.—Y tú, ¿quién eres?...

LA MAJA.—(Contemplándose.)

¡Ya ves!...

¿Mi porte no te lo erzeña?...

¡Una maja madrileña
de la cabeza a los pies!...

PED.—(Recreándose en su contemplación.)

¡Viéndote con ese traje,
peineta, chapín de raso,
la falda de medio paso
y la mantilla de encaje,
andando tan gentilmente,
con un aire de realeza,
tan gallarda la cabeza
y tan soberbia la frente,
asegurar no sé yo
si eres una maja esquiva
o alguna duquesa altiva
que de maja se vistió!...

LA MAJA.—¡Nadie adivina si soy
maja de rumbo o duquesa,
cuando por las tardes voy
encendida de placer
mirando a mi calesero,
a los toros, para ver
matar a Pedro Romero!

En Maravillas nací;
con los majos me crió,
y como entre ellos viví,
ser maja de rumbo sé...
Paso la vida sin penas,
y se deshojan mis días
cantando en las romerías
y bailando en las verbenas,
sin apuros ni trabajos,
entre dimes y directes,
burlando a los petimetres
y enamorando a los majos...
Honrada y libre a la par...
Pues ¡ay de aquel que se atreva
mis decoros a ultrajar,
que siempre por algo lleva
con orgullo soberano,
como defensa, la maja
el abanico en la mano
y en la liga la navaja!...

*Dichos, don Francisco de Goya y don
Manuel María Ruiz de Villanueva,
que salen conversando, de la ermita.
Goya, en traje de corte.*

PED.—(Saludándolo.)

¡Don Francisco!...

GOYA.—¡Que Dios guarde
al rey de la torería!...

VILL.—(Reparando en la maja, y di-
rigiéndose a Pedro Romero.)

¡Vive el cielo, que esta tarde
tienes buena compañía!...

GOYA.—(Mirando a la Maja.)

¡Por ley de Naturaleza,
que no tiene trasgresor,
busca al valor la belleza
y a la belleza el valor!...

VILL.—(Con malicia, dándole un gol-
pe en el hombro a Pedro Romero.)

¡Buena pareja, tunante!...

PED.—(A Goya.)

¿Qué tal la Maja?...

GOYA.—(Contemplándola.)

¡Por Cristo,
que mis ojos nunca han visto
hermosura semejante!...

VILL.—(Describiéndola con voluptuo-
sidad.)

Firme y amplia la cadera;
el busto activo y lozano,
y la cintura hechicera

tan estrecha, que pudiera,
abarcarse con la mano...

Bajo el jubón que lo abrocha
estalla de amor el seno;
el rostro tiene moreno
como la Virgen de Atocha;
y entre su boca florida,
panal de besos y mieles,
la sonrisa es una herida
desangrándose en claveles...

Sus ojos ebrios de amor,
se encienden bajo el negror
alucinante del pelo...

(Volviéndose a Goya.)

¡Don Francisco, buen modelo
para el cuadro de un pintor!...

GOYA.—(Que ha estado contemplando con ansiosa fijeza a la Maja, alzando de pronto la frente en un arranque de orgullo.)

¡Belleza, divina joya
que fuera vano oropel
si no existiera el pincel
de don Francisco de Goya!...

(A la Maja, con los ojos flameantes de entusiasmo.)

¡En esta tarde tan pura
tu gloria será completa,
que en un lienzo, tu figura
hará inmortal mi paleta!...

¡Y así, tu belleza extraña
para siempre ha de quedar
como el más bello cuempiar
de las mujeres de España!...

PED.—¡Brava idea!

VILL.—¡La suscribo!...

GOYA.—(A la Maja.)

¡Retratarte dejarás?...

LA MAJA.—(Con alegría.)

¡Bueno!... Mas, ¡Por Cristo vivo,
que no me requiebren más,
que me enciendo de rubor,
y escuchar al par no quiero
los requiebros de un torero,
de un abate y de un pintor!...

(Intenta escapar por la derecha. Goya la detiene.)

¡Tengo prisa!...

(Dirigiéndose a los jardines.)

PED.—¿Dónde vas?...

GOYA.—(Deteniéndose.)

Al otro lado del puente,
en mi quinta, impaciente,
mañana te aguardo... ¿Irás?...

LA MAJA.—(Desde el arco de la verja, poniendo la cruz con los dedos.)

¡Os lo juro, por el cielo!...

al pensar que voy a ser
de un cuadro vuestro, modé!...

(Desapareciendo.)

Goya, el Abate Villanueva y Pedro Romero.

PED.—(Señalando al sitio por donde ha desaparecido la Maja.)

¡Con un modelo tal
se corre un peligro!...

GOYA.—¿Cuál?

PED.—(Con malicia.)

¡Que acabe, señor pintor,
por rubricar el amor
la pincelada final!...

GOYA.—(Con risa forzada.)

¡Amor!... ¡No tengas cuidado!...

¡Con tal rigor me ha tratado,
que hoy de sus sañas me vengo,
y en el corazón lo tengo
con siete llaves cerrado!...

VILL.—Mañosa es su fantasía,
y puede el amor un día
escapar de su prisión...

GOYA.—(Ruamente.)

¡Para escaparse, tendría
que romperse el corazón!...

(Pequeña pausa. Se sientan bajo el emparrado. Empieza a declinar la tarde.)

PED.—(A Goya.)

¡Con la mujer siempre fuisteis
buen cazador!... Nadie iguala
la fortuna que tuvisteis,
que donde el ojo rusisteis
allí clavásteis la bala!

GOYA.—(Con sorda tristeza.)

Mas, ¡ay!... Alguna logró
con tal tino rebotar,
que en mi pecho se clavó...
y ¡aun no he podido cerrar
la herida que me causó!...

(Con amarga sonrisa.)

¡Y de amores tan felices

en mi corazón quedaron
más heridas y raíces,
que en tu cuerpo cicatrices
los bravos toros dejaron!...

(Otra pequeña, pausa durante la cual

Goya permanece con la cabeza entre las manos, de codos en la mesa.)

VILL.—(*Rompiendo confidencialmente el silencio.*)

La luz se va... ¡Todo en calma!...

No se escucha ni un gorjeo...

¡Yace dormido el deseo en lo profundo del alma!...

(*Insinuante, a Goya.*)

¡Ese templo solitario;

la sombra que lenta viene, y hasta este lugar, que tiene algo de confesonario,

son como una invitación para hacer la confesión,

todo aroma y todo seda,

que sube al labio, en voz queda, del fondo del corazón!...

Don Francisco, sin rubores, confesad a nuestro oído...

De todos vuestros amores,

el más grande, ¿cuál ha sido?...

(*Goya permanece un instante perplejo, sin atreverse a responder.*)

¡Decid!...

GOYA.—(*Alzando lentamente la cabeza.*)

¡Callad, por favor!...

VILL.—(*Insistiendo.*)

¡El mayor de vuestra vida!...

GOYA.—Siempre en cuestiones de amor, el último es el mayor...

¡porque aun nos duele la herida!...

VILL.—¡Confesad!...

(*En voz baja.*)

¿Es la duquesa?...

GOYA.—(*Fieramente.*)

¡Su nombre no pronunciad, porque en su dulzura expresa

tanta y tanta santidad,

creando tales maravillas

y esparciendo tal consuelo,

que aun los ángeles del cielo

lo pronuncian de rodillas!...

(*Queda un momento abatido bajo la pesadumbre de sus recuerdos.*)

VILL.—¿Tanto la amásteis?...

GOYA.—(*Como si evocase un bello sueño desvanecido.*)

Vivía

sin esperanza y sin fe,

una vida tan baldía,

que hasta pintar olvidé;

fatigado de luchar,

como un inútil navío que a las crillas del mar se está pudriendo de hastío...

Una tarde, por el Prado

mis cansancios paseaba,

y a solas, triste, pensaba

en mi estudio abandonado,

en mis tristezas hurafñas

y en mis marchitos laureles,

y hasta en mis rotos pinceles

cubiertos de telarañas.

cuando a mi lado pasó

una dama, y al acaso,

junto a mis plantas cayó

su abanico de oro y raso...

A cogerle me incliné;

y al devolvérselo, vi

tal belleza, que no sé

como a tierra no caí,

¡pues con su luz me cegué!...

Detuvo la dama el paso

junto a una fuente sonora,

y deslumbrando mi ocaso

con el fulgor de la aurora

que en sus ojos se retrata,

murmuró:—y era su acento

como el suspirar del viento

entre jazmines de plata:—

—Aunque pobre, este abanico

fuese más noble y más rico

que la más preciosa joya,

si le diera valor el

maravilloso pincel

de don Francisco de Goya.

¡Y sentí en aquel segundo

tan divina exaltación,

cual si toda la pasión

y todo el amor del mundo

llenase mi corazón!

Le esclavicé mi alma entera,

y en sus manos amorosas

fué mi vida altiva y fiera,

como indómita pantera

encadenada entre rosas!

Viví una existencia aparte,

fuera del mundo real,

y alas presté a mi ideal,

para hacer digno mi arte

de su belleza inmortal!...

¡Mi musa y mi amante fué!...

¡Sufrió todos los dolores,

y al par todos los amores

en sus amores gocé!...

¡Con tal frenesí la amé,

que a veces, en los anhelos
de mi alma enloquecida,
pensé quitarme la vida
para no morir de celos!...
¡La misma muerte envidiosa
no apagará esta pasión,
que si ella es polvo en la fosa
aun vive en mi corazón!
(Momentos de silencio y de emoción,
en el que todos aparecen estremecidos
por una saudade infinita.)

VILL.—(Con voz trémula.)
¡Perdonadme!... Pero quiero
una duda destruir...
¿Es cierto que ella, al morir,
os dejó por heredero?...
GOYA.—(Con fiera.)
¡Así a mi orgullo afrentó!...
¡Pero mi orgullo violento,
sin leerlo, el testamento
en su palacio rasgó!...
Y viendo rotos los lazos
que a mi ardor pusiera tasa,
a las gentes de su casa
les arrojé los pedazos!
(Cambiando de tono, con la voz des-
hecha en lágrimas.)

Y la noche de aquel día,
para ornar su sepultura
de flores, ¡con amargura
vendió la pobreza mía
el marco de pedrería
de esta rica miniatura!...
(Saca del seno un pequeño medallón
y lo besa con religiosa ternura, enju-
gándose una lágrima con el dorso de la
mano. Las campanas de la ermita re-
pican las oraciones. Las sombras en-
vuelven la escena, y en el azul del
cielo empiezan a clarear las estrellas.)
PED.—Las horas son como instantes
con estas recordaciones...
(Queriendo levantarse.)

¿Nos vamos?...
VILL.—(Deteniéndole con un gesto.)
¡Sí... pero antes
recemos las oraciones!
(Los tres se descubren y se persignan
y rezan, en voz baja, mientras conti-
núa el claro clamoreo de las campanas.
De súbito resuena en la derecha un
rumor de gritos y carreras.)

Dichos, la Maja, el capitán Moncey,
Fournier, Leblanca, majos y algunos
soldados franceses.

LA MAJA.—(Gritando dentro.)

¡Socorro!...

MON.—(Dentro.)

¡Seguid a la moza,

y procurad darle caza!...

Si resiste, una mordaza,

¡y meterla en la carroza!...

(Por el arco de los jardines penetra
despavorida la Maja, perseguida por
algunos granaderos franceses.)

LA MAJA.—(Mirando en torno suyo.)

¡Socorro!... ¿No hay quién me ampa-
re?

¡Me persiguen los gabachos!... (re?...
(Los que rezan se levantan y acuden
a socorrerla. El mozo y algunos ma-
jos se asoman a la puerta de la boti-
llería.)

MON.—(Dentro.)

¡Que la carroza se pare!...

(Entrando y dirigiéndose a los fran-
ceses.)

¡Metedla en ella, mucháchos!...

LA MAJA.—(Recoñociéndole.)

¡Detáncos, Pedro Romero,

y no los dejes pasar!...

PED.—(Cubriéndose con su cuerpo.)

¡Vive Dios, que va a encontrar

hermosa vaina mi acero!

(Tira del cuchillo. Los majos lo imi-
tan, y todos se disponen a acometer a
los franceses.)

GOYA.—(Con voz de trueno, interpo-
niéndose entre los dos bandos.)

¡Quietos todos!

(A la Maja, que se ampara en Pedro
Romero.)

¿Qué ha pasado?

LA MAJA.—¡Me quieren amordazar,

para por fuerza lograr

lo que no obtienen por grado!...

¡Me atacaron a traición,

que si no!...

GOYA.—(Dirigiéndose a Moncey.)

Decidme, ¿es
digna tan infame acción
de un caballero francés?

MON.—(Con énfasis.)

¡Capitán!...

GOYA.—Pues, capitán,
 un proceder tan villano
 en francés y en castellano
 un nombre tiene: ¡Rufián!...

MON.—(Desnudando la espada.)
 ¡Al punto vuestra osadía
 sabrá castigar mi espada!...

GOYA.—(Tirando de la suya.)
 Mas no contáis con la mía...

MON.—(Conteniendo a los granaderos
 que se disponen a atacar.)
 ¡Muchachos, no temed nada!
 (Señalando a Goya.)
 Tres golpes; uno al sombrero,
 otro al brazo, y al tercero
 ¡le atravieso el corazón!...

GOYA.—Por mi parte has de tener
 con un solo bastante:
 ¡Una marca en el semblante,
 de tu infame proceder!...

¡No os mataré, vive Dios,
 que si mi acero os matara
 fuera mucha honra para
 un cobarde como vos!...

(Se acometen en medio del silencio y
 de la expectación de todos.)

MON.—(Tirándole una estocada.)
 ¡La primera!...

GOYA.—(Parando.)
 ¡Os ha fallido!...

MON.—(Repitiendo.)
 ¡La segunda!...

GOYA.—(Parando.)
 ¡También esa!...

MON.—(Ciego de ira, dirigiéndole un
 tercer golpe.)
 ¡La última!...

GOYA.—(Parándola con serenidad.)
 ¡Vuestra promesa,
 capitán, no habéis cumplido!...

¡La mía?... ¡Desde este instante
 podéis darla por cumplida!...

(Arremetiéndose.)
 ¡Cuchillada!...

(Le acuchilla el rostro. El capitán de-
 ja caer la espada.)
 ¡En esta vida
 no ha de ornar vuestro semblante
 otra mejor dibujada!...

¡Guardadla como una joya,
 porque esa cuchillada
 os la ha trazado la espada
 de don Francisco de Goya!...

(Saluda cremoniosamente a Moncey,
 mientras desciende el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Interior modesto, pero ordenado y limpio, donde la disposición de todas las cosas revela el cuidado y el esmero de unas bellas manos de mujer. Al fondo, una puerta. A la izquierda, en primer término, un altar con la Cruz de Mayo, resplandeciente de joyas y de cirios y desbordante de flores. En el segundo término, otra puerta. A la derecha, un balcón abierto, con tiestos de claveles y albahaca, por cuyo hueco penetra la luz gloriosa y tibia de una mañana de Mayo.

La Maja y Benita Pastrana, enlazadas del tallo y conversando cerca del balcón.

LA MAJA.—(Con ternura.)

¿Y le quieres mucho?...

BEN.—(Con pasión.)

¡Tanto

como a mi padre y aun más!...

(Bajando la voz y amparándose en la Maja.)

¡Escucha y comprenderás los motivos de este llanto que venciendo mis sonrojos y en amargura deshecho, se desborda por los ojos porque no cabe en mi pecho!...

(Estalla en llanto.)

LA MAJA.—(Acariciándola maternalmente.)

¡Cálmate, niña, y repara que ningún hombre merece

ese llanto que entristece la hermosura de tu cara!...

(Sentándola sobre un arcón y tomando entre las suyas las trémulas manos de la gimiente.)

¡Desahoga tu pesar, y cuenta lo sucedido!...

BEN.—(Entre sollozos.)

¡Que esta noche no ha venido la Santa Cruz a velar!...

¡Y algo grave sucedió, pues esta es la vez primera en que su amor no cumpliera la palabra que me dió!...

LA MAJA.—(Tranquilizándola.)

¡Razones debió tener que ahora tu dolor no alcanza!...

BEN.—(Con angustia infantil.)

Mas su deber...

LA MAJA.—(Severamente.)

¡El deber de un soldado es la ordenanza!...

¡Y más en estos instantes de peligro y de ansiedad, cuando a nuestra libertad amenazan, arrogantes, con los más duros castigos, esos gabachos traidores, que aunque entraron como amigos quieren trocarse en señores!...

BEN.—(Con desconsuelo.)

¡Eso aumenta mi pesar, que el pueblo está alborotado; y temo que ande mezclado en la inquietud popular!...

¡Por no ver su enseña rota la vida diera feliz, porque nadie a patriota le gana al teniente Ruiz!...

LA MAJA.—¿Y eso te apena?... Alta-
(nera

¡Si yo un amante tuviera tan bizarro como el tuyo para la lucha bravía

contra extranjeros tiranos, yo misma colocaría el fusil entre sus manos, gritándole con furor:

¡Vuela, a luchar por España!...

¡Si mueres en la campaña, sabrá vengarte mi amor!...
(Alzando entre sus manos la cabeza de Benita.) Esas lágrimas inmoja

y alza altiva la cabeza...

¿En dónde está la fiera de la mujer española?...

(Quedan un instante abrazadas.)

BEN.—(Culmando su angustia en los brazos de su amiga.)

¡Es verdad!... ¡Tienes razón!...
(De súbito rasga el silencio de la calle un vibrante clamor de clarines. Las amigas se estremecen.)

Pero, ¿qué algazara es esa?...

LA MAJA.—(Asomándose al balcón.)

¡Una patrulla francesa que pasa bajo el balcón!...

(Las dos se asoman. El rumor se va alejando.)

¡Mira qué arrogantes van los soldados de esa grey!...

¡Por su porte y su ademán cada uno créese un rey!...

¡De ira nuestra sangre encienden con tanta baladronada, y ultrajan con la mirada,

y con la sonrisa ofenden!...

(Permanecen un instante silenciosas, de bruces en el balcón mientras se pierden a lo lejos los últimos rumores de la patrulla.)

Ya se disipó la nube...

(Dando de pronto un grito de júbilo.)

¡Alza, Benita, la frente, que se acerca tu teniente!...

¡Míralo!... ¡En tu busca sale!...

(Benita se inclina en el balcón.)

¡Tal inquietud le exaspera,

y camina tan de prisa,

que no se paró siquiera

ni a recoger tu sonrisa!...

(Las dos se dirigen en un júbilo de risas, hacia la puerta del fondo.)

Dichos y el teniente don Jacinto Ruiz de Mendoza, que entra precipitadamente, dando muestras de una viva agitación

RUIZ.—(A la Maja, sin reparar en Benita.) ¿Don Francisco?...

LA MAJA.—(Sonriente.)

Mas, ¿qué os pasa, que al entrar, no reparais en esta flor que encontráis esperándoos en mi casa?...

(Mostrándole a Benita.)

RUIZ.—(Volviéndose a Benita, y contemplándola con ternura.)

¡Benita!...

BEN.—(Cayendo en sus brazos.)

¡Por fin viniste!...

(Con reproche infantil.)

¡Así has cumplido, cruel, la palabra que me diste?...

RUIZ.—Me retuvo en el cuartel la obligación militar,

porque se teme que estalle,

en el cuartel y en la calle,

la indignación popular,

contra el tirano extranjero

que, en su ambición ilusoria,

piensa uncir el león ibero

a su carroza de gloria!...

(Volviéndose bruscamente a la Maja.)

¡Mas no hay tiempo que perder,

que va a ser dura la prueba!...

¿Y Goya?...

LA MAJA.—Con Villanueva, su amigo, al anochecer

a esta morada llegó,
y al resplandor de esa luz,
velando la santa cruz
la noche entera pasó,
a la guitarra escuchando,
que entre sonrisas y flores
aba el silencio bordando
de alegres coplas de amores...
Con el abate ha salido;
mas poco debe tardar,
que esta tarde me ha ofrecido
mi retrato terminar...
(Con orgullosa satisfacción.)
¿Sabéis que soy su modelo?...
RUIZ.—¡Tú fortuna envidiará
una reina!...
(Sin poder contener su impaciencia.)
¡Vive el cielo!
que me urge verle!...
BEN.—*(Señalando a la puerta del fondo,
donde aparecen don Francisco de Goya,
seguido de Pedro Romero)*
¡Aquí está!

Dichos, don Francisco de Goya y Pedro Romero.

PED.—*(A las majas, señalando al teniente Ruiz.)*
¡Buena compañía tenéis!...
RUIZ.—*(A Goya, que penetra como
absorto en sus pensamientos)*
¡Don Francisco!...
GOYA.—*(Volviéndose.)*
¿Quién me llama?...
(Reconociendo al teniente Ruiz, y estrechándole la mano.)
¡Teniente Ruiz! ¿qué queréis?...
RUIZ.—*(Con gravedad.)*
¡Es la patria quien reclama
de vos ayuda y consejo!...
GOYA.—¡Mi vida a mi patria doy!...
¡Consejos no, que aun no soy
suficientemente viejo!...
¿Qué pasa?...
RUIZ.—Dicen que hoy
van a salir de Madrid
los Infantes...
GOYA.—Y ¡marchar
los dejan, sin protestar,
los bravos nietos del Cid!...
RUIZ.—¡Su partida hay que evitar!...
GOYA.—Sólo hay un medio...

RUIZ.—¿Cuál es?...
GOYA.—Es tan claro como el sol...
¡Luchar hasta que el francés
dome su orgullo a los pies
del heroísmo español!...
(Como dudando.)
Mas la noticia...
RUIZ.—¡No hay duda!...
¡La trama está bien trazada!...
¡En el cuartel, encerrada
la tropa, porque no acuda
con su aliento a dar ayuda
a la plebe desarmada!...
¡Y cuando el rugido inmenso
de nuestra cólera estalle,
al pobre pueblo indefenso
se le ametralla en la calle!...
GOYA.—Pero ¿y nuestros oficiales?...
RUIZ.—¡A la disciplina fieles
y a su patria desleales,
oirán, desde los cuarteles,
mientras rompen con sus manos
la espada, cómo por esas
calles las bombas francesas
van barriendo a sus hermanos!...
GOYA.—Y ¿contra orden tan cobarde
ninguno se rebeló?...
RUIZ.—*(Con orgullo.)*
¡Muy pocos: Daois y Velarde,
algún alférez... y yo!...
GOYA.—Y de mí ¿qué pretendéis?
RUIZ.—¡Que toda vuestra influencia
y vuestro talento, uséis
con la Junta de Regencia
para impedir que se alejen
los Infantes de Madrid!...
¡Y si eso os niegan, pedid
que libres las tropas dejen,
para que en fiera campaña,
dando su sangre y su vida,
se opongan a la salida
de los Infantes de España!
GOYA.—*(Con enérgica resolución.)*
¡Esa marcha hay que impedir!...
¡Para ello a la Junta voy,
¡y yo os juro, por quien soy,
que la Junta me ha de oír!...
¡Y si mi lenguaje osado
no les logra convencer,
me tendréis a vuestro lado
para morir o vencer!...
*(Sale por la puerta del fondo, seguido
del teniente Ruiz.)*
BEN.—*(Deteniendo al teniente en la*

puerta, con voz baja y rápida.)

¡Piensa en mí y el riesgo evita!..

¡Vendrás a verme?...

RUIZ.—¡A las dos!...

¡Y si no acudo a la cita
encomienda mi alma a Dios!...

(Sale precipitadamente, tras de Goya.)

La Maja, Benita Pastrana y Pedro Romero.

BEN.—*(Con las manos juntas, dirigiéndose a Pedro Romero.)*

¡Noble amigo, por favor,
te lo pide mi alma entera!...

¡No abandones a mi amor
en la lucha que le espera!...

¡No te apartes de su lado!...

¡Refrena su ímpetu ardiente!...

PED.—¿Quién pone freno al torrente
cuando ruga desbordado?.

(Acercándose a las dos.)

¡Tú no sabes cómo están
los ánimos!... Madrid es
como el cráter de un volcán
que arde bajo vuestros pies.

¡Por todas partes corrillos;
piños que se alzan crispados;
ei recejos arrugados,
y ojos que son cual cuchillos
por la venganza afilados!

¡Congestionen de furor
en rostros que de terror
espantan a quien los mira,
y espumarajos de ira
en los labios del rencor!...

¡Se habla bajo!... Entre las gentes
pasan silencios ariscos
como ráfagas ardientes;
y las frases son mordiscos
que sangran entre los dientes...

¡No sonríen las manolas!...

¡Y se adivina, en las fajas
y en las capas española,
que se rechinan navajas
y se amartillan pistolas!...

¡Madrid todo es un barril
de seca pólvora!... Nada;
una chispa, arrebatada
por el viento, de un candil,
el fuego de una mirada,
lo pueden hacer saltar...

¡Y como estalle la hoguera,

de Madrid no ha de quedar
ni las cenizas siquiera!...

LA MAJA.—*(Asomándose al balcón, al escuchar el lejano clamor de las campanas.)* ¡Escuehad qué rauda estruendo
de campanas en la brisa!...

(Todos atienden al clamor.)

¡No es que repican a misa!...

¡A rebato están tañendo!...

PED.—*(Terciándose la capa.)*

¡Ya va a empezar la jarana!...

¡Voy a jugaré la vida

en la espléndida corrida
que pregon a esa campana!...

LA MAJA.—*(Viéndole dispuesto a marchar.)*

¡Que la Virgen te dé suerte!...

PED.—¡Por mí no tened cuidado,

que estoy bien acostumbrado
a burlarme de la muerte!...

¡Y con soltura y aplomo,
en este sangriento drama
jugaré con ella como
con un toro del Jarama!...
(Saluda gentilmente y se va por el foro.)

La Maja y Benita Pastrana.

BEN.—*(Tendiendo los brazos al cielo en una fervorosa imploración.)*

¡Oh, Virgen de Atocha, ampara
a tu pueblo y a mi amor!...

LA MAJA.—*(Escuchando, desde el balcón, cómo acrece el clamoreo de las campanas, que tocan a rebato.)*

¡Cada vez más fuerte y clara
la campana su clamor
de plata vierte en la brisa,
y repica tan ligera,
y clama con tanta prisa

cual si socorro pidiera!...

¡Otra gime más cercana,
y otra, a lo lejos, implora;
¡y toda la angustia humana
lágrimas de bronce llera!...

Un escándalo de oro
de otro campanario asciende,
y el clamor rauda y sonoro
por todo Madrid se extiende,
rápido, terco y fatal,
propagándose en el viento
cual ráfagas de un violento
ronco incendio de metal...

¡Y aunque es doliente su son,
y llantos de angustia vierte,
no son campanas de muerte,
sino de Resurrección!...

Pues cada queja sonora
va clamando, bajo el sol:
—¡Despierta, pueblo español,
que ya ha sonado tu hora!...

¡Vuela a la lid!...
¡La victoria,
trémula de amor, te espera
dormida, bajo la gloria
inmortal de tu bandera!...

BEN.—(Orando.)
¡Santa Madre del Señor,
no abandones en la lucha
a tus hijos!...

LA MAJA.—(Ebria de entusiasmo, arrastrando a Benita hacia el balcón.)

¡Ven, y escucha
el ronco y sordo rumor
de la furia popular
que a lo lejos clamorea
cual la indómita marea
siempre creciente de un mar
que en rabiosa convulsión
hierve, se estremece y ruge
revuelto, bajo el empuje
de las alas de un ciclón!...

Y ese embravecido estruendo
de imprecaciones lejanas,
parece que está diciendo
al clamor de las campanas:
—¡No es preciso vuestro alerta,
para asombrar a la historia!...
¡Campanas, tocad a Gloria,
que el pueblo español despierta!...

(Una sorda gritaría irrumpe en la calle.
Los dos amigos se inclinan para ver.)

BEN.—(Temblando.)
¡Ve a Malasaña!... Ligero
corre calle abajo, y tapa
en los pliegues de la capa
su trabuco naranjero!
¡Y en confusa gritaría,
siguen, corriendo, sus huellas,
desmelenadas doncellas,
ancianos de faz sombría
y enronquecidos muchachos!...

(Pequeña pausa. La Maja se pierde a lo lejos, La Maja, como arrastrada por una fuerza interior, se aparta del balcón y se dirige a la puerta. Benita la detie-

ne, interrogándola con ingenuidad, sujetándola por las manos.)

¡Adónde va Malasaña?...

LA MAJA.—¡Sin duda a cazar zaba-

que abundan mucho en España!...
(Corre hacia la puerta, desasiéndose de Benita.)

BEN.—(Reteniéndola por la ropa.)

¡No me dejes sola!... ¡Ven!

¡De miedo temblando estoy!...

¡Adónde vas?...

LA MAJA.—¡Yo también

a cazar gabachos voy!...

¡Suéltame!...

BEN.—(Abrazándose a ella.)

¡No!... ¡No te irás!...

¡Para escapar de mis brazos,

antes tendrás que arrancar

mi corazón a pedazos!...

(La Maja forcejea y se desprende de Benita. Cuando va a salir penetran des-pavoridos por el fondo doña Josefina y don Miguelito.)

Dichos, doña Josefina y don Miguelito

MIG.—(Deteniendo a la Maja y a Be-nito, que sale también tras ella.)

¡Dónde vais?... ¡Estáis dementes!...

JOS.—(Enloquecida de terror.)

¡Muertos venimos los dos!...

MIG.—(Jadeante.)

¡La sangre corre a torrentes

por esas calles de Dios!

JOS.—¡Oh, si vierais!... ¡Qué balumba

de gritos y maldiciones!...

MIG.—¡No escuchais cómo retumba

el eco de los cañones!...

(Se oye el lejano tronar de la metralla.)

¡El odio francés que estalla,

y en plena Puerta del Sol,

cobardemente ametralla

al heroísmo español!...

JOS.—(Temblando.)

¡Vengo sin habla! ¡A mi lado

un chispero cayó herido,

y su sangre ha salpicado

las orlas de mi vestido!...

LA MAJA.—(Con ansiedad.)

¡Y el pueblo?

MIG.—¡De ira bramando,

en esta lucha cruel,

ni admite ni da cuartel,
pues quiere morir matando!...
¡Y en su glorioso despecho,
al hierro de la metralla,
opone como muralla
la desnudez de su pecho!...
¡Sin armas ni municiones,
toma entre sus férreos brazos,
en fuerzas de navajazós,
por asalto los cañones!...

Contra tanta bizarría
del valiente pueblo hispano,
cargó tres veces, en vano
la imperial caballería,
que nuestros bravos chisperos,
sin temores ni desmayos,
desjarretaron caballos
y mataron coracero!...

Y en tan rudas embestidas
¡cuántas manos cercenadas
cayeron ensangrentadas:
por agarrarse a las bridas!...

Y entre deshechos arneses,
por la sangre enrojecidos
¡cuántos soldados franceses
y cuántos majos, heridos,
tornan a herirse crueles
hasta morir abrazados
bajo los cascos ferrados
de encabritados corceles!...

LA MAJA.—(Con profunda indignación.)

¡Y vos pudísteis mirar
tal infamia sin sentir
el impulso de matar
o el anhelo de morir!...
¡Quien cual vos, tranquilamente,
contempla tales escenas,
es porque correr no siente
sangre española en sus venas!...

MIG.—(Pálido de coraje.)

¡Si un majo de planta osara
hablarme con tanta mengua,
acabar no le dejara
sin arrancarle la lengua!...

¡Mas para desengañarte
te daré una prueba sola,
y con ella he de mostrarte
que tengo sangre española!...

LA MAJA.—¡En la lucha está la prueba!
(¡ba!...

MIG.—(Disponiéndose a salir.)

¡A ella marchó decidido!...

BEN.—(Desde la puerta.)

¡Silencio, que llega herido

el abate Villanueva!...

(Todas se vuelven. En el umbral del fondo aparece el abate Villanueva sostenido por Pedro Romero y don Francisco de Goya.)

Dichos, don Francisco de Goya, Pedro Romero y el abate Villanueva.

GOYA.—(A la Maja.)

¡Pronto, un lecho preparado!...

LA MAJA.—(Acercándose al abate, a quien Goya y Pedro Romero sientan sobre un arcón.)

¡Qué ha sido?...

VILL.—(Sonriendo con indiferencia.)

¡No ha sido nada!...

¡Que el brazo me ha destrozado
el casco de una granada!...

Mas la culpa ha sido mía...

(Doña Josefina y Benita penetran por la puerta de la izquierda.)

PED.—(Mientras le venda el brazo.)

¿Quién os manda, vive Dios,
a un sacerdote cual vos
meteros en tal porfía?...

VILL.—¡Vi mi pueblo sucumbir,
a mansalva asesinado,
y en su ayuda quise ir
para morir a su lado!...

¡Y si pierdo la existencia,
tranquilo la he de perder,
pues me dice la conciencia
que he cumplido mi deber!...

LA MAJA.—(A Goya.)

¿Mas el pueblo?

GOYA.—¡Acribillado
por los botes de metralla,
dejó el campo de batalla
de cadáveres sembrado!...

Y al Parque corre a buscar
cartuchos y municiones,
y fusiles y cañones,

para volver a empezar
con más ahinco la lid!...

BEN.—(Que había salido por la puerta de la izquierda, volviéndose a Goya, con ansiedad.) ¿Y el teniente?...

GOYA.—¿Tu teniente?...

¡Luchando como un valiente
por las calles de Madrid!...

LA MAJA.—(Saliedo por la puerta de la izquierda, donde ha penetrado mo-

mentos antes. Doña Josefina la sigue.)

Ya puede entrar el herido...

¡Está el lecho!...

VILL.—(Levantándose sostenido por Pedro Romero.)

¡Premie el cielo,

hermosas majas, el celo

con que me habéis socorrido!...

(Se dirige hacia la puerta, sostenido por Goya y Pedro Romero, mientras resueñan en la calle los gritos ululantes de la multitud.)

VOCES.—(Fuera.)

¡Al Parque! ¡Al Parque!... ¡A buscar

los cañones!... ¡Viva España!...

(La Maja, Benita Pastrana y Don Miguelito se agolpan al balcón. Doña Josefina permanece temblando al pie del altar. Goya, Villanueva y Pedro Romero se detienen en el umbral de la izquierda.)

LA MAJA.—(Desde el balcón.)

¡Con Velarde y Malasaña

mirad las turbas pasar,

roncas de vitorear

el santo nombre de España!...

¡Y de los grupos al frente,

en actitud noble y fiera,

ve, Benita, a tu teniente,

desplegando la bandera!...

MIG.—(Altivamente, dirigiéndose a la Maja.)

¡De cobarde sin motivo,
hace poco me tachaste!...

¡Mas te juro, por Dios vivo,
que al hacerlo te engañaste!...

Me marchó con esas gentes
al Parque, y te probaré

que yo también morir sé
como mueren los valientes!...

JOS.—(Queriendo detenerle.)

¡No te marches, por favor!...

MIG.—La vida a mi patria doy...

¡En el Parque está mi honor,
y al Parque a cobrarle voy!...

(Doña Josefina cae de rodillas ante la cruz.)

BEN.—(Como una poseída, corriendo tras de Don Miguelito.)

¡Al Parque, tras de mi amor!...

GOYA.—(Queriendo detenerlas.)

¿Dónde vais?...

LA MAJA.—(Con impetu.)

¿Adónde ir?...

¡Con Velarde y Malasaña,

vamos al Parque, a morir

por la libertad de España!...

(Salen los tres por el fondo, mientras

Goya y Pedro Romero sostienen al herido, en el umbral de la izquierda, y

Doña Josefina, con las manos en cruz,
permanece arrodillada al pie del altar.)

(Telón rápido.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

El parque de Monteleón. Al fondo, el gran arco de la puerta principal, por cuyo hueco ha de verse la sangrienta epopeya de la calle. Sobre el arco ondula majestuosamente en la gloria solar, desgarrada por las balas, una bandera de España. A la izquierda, dos puertas. A la derecha, la entrada de una escalera que da acceso a los departamentos superiores. Cañones, fusiles y bayonetas esparcidos por la escena. Al alzarse el telón, aparecen grupos de chisperos y de soldados, descansando del combate, con los rostros y las manos emnegrecidos por la pólvora. Algunos reposan sobre las cureñas de los cañones, y otros, bajo el arco de la puerta y en los peldaños de la escalera. Las majas, junto a la puerta de la izquierda, vendan a los heridos y dan de beber a los sedientos. Cuadro de una gran animación y movimiento que refleje en todos sus detalles la exaltación gloriosa de la lucha.

La Maja, Bemita Pastrana, Manuela Malasaña, Don Miguelito, Juan Malasaña, Cosme Mora, Antonio Mosquera, majas, chisperos y soldados.

MOS.—(Sentándose en una cureña.)

¡El enemigo se aleja!...

MIG.—(Sentándose a su lado.)

¡Breve la tregua ha de ser!...

MAL.—¡Y menos mal, si nos deja

oportunidad para beber,

que en dos horas de combate,

sin respiro y sin paradas,

tenemos seco el gaznate

y las bocas abrasadas;

y están los bravos chisperos

y los valientes soldados

de pólvora tan tiznados,

que parecen carboneros!...

(Reparando en Don Miguelito.)

¿Qué le pasa al lechuguino?...

MOS.—(Riendo.)

¡Que tiene rotos los dientes

de morder cartuchos!...

MAL.—(A las majas.)

¡Vino,

majas, para estos valientes,

que el vino quita las penas!...

¡Y habrá más de uno, que herido,

se lo beba confundido
con la sangre de sus venas!...

LA MAJA.—(Acercándose, acompañada de Manuela Malasaña, con sendas botas de vino que corren de mano en mano.)

¡Bebed sin tasa!...

(Reparando en Don Miguelito.)

¡Por Cristo,

Don Miguelito, que he visto

que ocultáis, y daros quiero

por ello satisfacción,

un corazón de león

bajo una piel de cordero!...

(Le estrecha la mano. Manuela Malasaña se sienta al lado de su padre, abrazándose a su cuello. Cosme Mora se aproxima.)

COS.—(Con desaliento.)

¡No quedan para poder,

la lucha continuar,

ni fusiles que empuñar

ni cartuchos que morder!...

MAN.—(Alzándose.)

¡Por tan cobarde razón

no ha de cesar la batalla!...

¡Qué importa que armas no haya

si nos sobra corazón!...

COS.—(Sonriendo tristemente.)

Sin armas con que reñir,
el corazón, ¿qué va a hacer?

LA MAJA.—(Con ímpetu.)

¡No sirve para vencer,
mas basta para morir!...

MOS.—¡Dura ha sido la refriega!...

MAL.—Seis veces arremetieron
con rabia indomable y ciega,
mas otras tantas tuvieron
qué retroceder, vencidos,
en fuga desordenada...

¡Y la calle está sembrada
de cadáveres y heridos!...

MIG.—Mas ¡ay! también en la lid
contra el bárbaro opresor,
ha caído lo mejor
de los majos de Madrid...

¡Y a torrentes desbordada,
sin que el odio al fin se borre,
la sangre española corre
con la francesa mezclada!...

Parece que, sin querer
confundirse en tales ligas,
¡las dos sangres enemigas
aún combaten al correr!...

LA MAJA.—Mas ¿qué importá que a

[torrentes

nuestra sangre haya corrido,
ni los majos que han caído
luchando como valientes,
si aún sobre el parque tremola,
vibrando al viento sonoro,
el sol de púrpura y oro
de la bandera española?...
(Señalando la enseña que, desgarrada
por las balas, ondula sobre la puerta del
parque.)

¡Contempladla desplegada,
altiva al viento flotar,
por las baías desgarrada,
orgullosa de mostrar
eternamente a la historia,
entre torres y leones,
sus sangrientos desgarrones,
cual cicatrices de gloria!...
¡Santa bandera de España,
que a toda vileza extraña,
en medio de los clamores
de invencibles paladines,
entre un trueno de clarines
y un redoble de tambores,
desplegada, en son de guerra,
todo el mundo atravesaste,
y, cuando mezquina hallaste

para tu ambición la tierra,
en tu generoso anhelo
súbiste al azul del cielo,
quiere, altiva, encerrar
entre tus pliegues el sol,
para poder alumbrar
todo el imperio español!...
¡Tú eres, gloriosa bandera
norte y luz de nuestros ojos;
el altar donde de hinojos
rezamos por vez primera;
el regazo maternal
a cuya tibia ilusión
se abrió nuestro corazón
como si fuera un rosa!;
y la cruz, severa y pura,
que con sus brazos abiertos
protege la sepultura
donde yacen nuestros muertos!...

¡Por eso, al verte pasar,
entre las aclamaciones
y el estruendo militar
de los rudos batallones,
sentimos que por encanto
un ¡viva! a los labios sube,
y en los ojos una nube
que quiere estallar en llanto;
y hasta el corazón se para,
y se nos doblan las dos
rodillas, cual si pasara
la imagen viva de Dios!...
¡Contemplad cómo fulgura
su gloria al viento!... Parece
que de orgullo se estremece,
y a nuestro valor murmura:
—¡Sed, cual los bravos caudillos
que ilustraron mis blasones:
¡para resistir, castillos;
y para atacar, leones!...
(Volviéndose impetuosamente a todos)
¡Jurad, con el alma entera,
que jamás planta extranjera
ha de ollar la tierra santa
donde, altiva, se levanta
nuestra gloriosa bandera!...
¡La vida por ella dad,
que entre sus pliegues morir
es lo mismo que vivir
para la inmortalidad!...
(Todos tienden los brazos, en un cla-
mor frenético, hacia la bandera.)
TODOS.—¡Viva España!...

Dichos y el teniente Ruiz que penetra por el fondo, con la espada desnuda.

RUIZ.—¡La pelea

de nuevo vuelve a empezar!...

BEN.—(Corriendo a sus brazos.)

¡Jacinto!...

RUIZ.—(Dolorosamente sorprendido.)

¡Qué loca idea

la de venirme a buscar!...

BEN.—(Con ternura.)

¡Perdóname!... ¡No he podido

esta iniquidad resistir

y aquí, a tu lado he venido

para vencer o morir!...

¡No amenguaré tu valor!...

¡Si te es adversa la suerte,

para que venga tu muerte,

Dios dará fuerza a mi amor!...

RUIZ.—(A los majos que les rodean.)

Les acaban de llegar

refuerzos a los franceses,

y los pasados reveses

se aprestan a castigar.

¡Tienen las calles tomadas

por lucidos escuadrones,

y hacia esta puerta enfiladas

las bocas de los cañones!

¡Por todas partes cercados

estamos, por los soldados

del dominador de Europa!...

¡No esperéis que nadie acuda,

que, acuartelada, la tropa,

no puede darnos ayuda!...

Solos vamos a luchar...

¡Imposible es la victoria;

pero ya que no triunfar,

sepamos morir con gloria!...

(Tomando una bandera y agitándola al

viento.) ¡Vuelve en mi mano a lucir

nuestra gloriosa bandera,

y que me siga el que quiera

entre sus pliegues morir!...

MAL.—¡Todos, con la frente erguida,

como leones luchando,

por España y por Fernando

sabremos perder la vida!

MIG.—La muerte no nos ataja...

¡Qué orgullo para el que muera

sirviéndole de mortaja

las glorias de esa bandera!...

RUIZ.—¡A las armas!... ¡Y yo espero

que dé vuestra bizarría

a España un glorioso día

y un ejemplo al mundo entero!...

MIG.—(Saliedo con los chisperos y los majos, que cercan al teniente Ruiz.)

¡Qué importa la negra suerte

que hoy en vencernos se ensaña,

si al grito de ¡viva España!

vamos a entrar en la muerte!...

(Salen por el foro, mientras resuenan a lo lejos los clarines franceses anunciando el ataque.)

MAN.—(A las majas.)

¡Por qué suspensas estais?

(Resuena una descarga.)

¡El combate ya ha empezado!...

(Todos se dirigen al fondo.)

MAL.—(Deteniéndolas.)

Muchachas, ¿adónde vais?...

LA MAJA.—¡A luchar a vuestro lado,

para que mire esa grey

cómo mueren en la lid

las mujeres de Madrid

por su patria y por su rey!...

(Resuenan nuevas descargas. Por el hueco del arco, entre el polvo y el humo, se advina con toda su grandeza la gloriosa epopeya de la calle. El tío Malasaña desaparece entre los combatientes. El grupo de majas se detiene un momento en el centro de la escena.)

Dichos, don Miguelito, y después el teniente Ruiz.

MIG.—(Que penetra, con el fusil roto, dirigiéndose a las majas.)

¡Huid, que todo se ha perdido!...

¡Al pie de nuestros cañones

Daoiz y Velarde han caído

luchando como leones!

(Las mujeres gritan. Don Miguelito toma un nuevo fusil y sale, encontrándose en la puerta con el teniente Ruiz.)

RUIZ.—(Desde el arco, transfigurado por el heroísmo, con la espada en la diestra y una tea llameante en la otra mano.)

¡A paso de carga sube

por la calle un batallón!...

¡Pronto arrastrad un cañón,

que él disipará la nube

que nos está amenazando!...

(La Maja, Manuela Malasaña, Benita

Pastrana y otra maja, lividas y desgredadas, empujan un cañón hacia el hueco de la puerta. Cuando el teniente Ruiz va a aplicar la mecha, una nueva descarga le hace rodar por tierra. Benita Pastrana lanza un grito y corre a ampararlo.)

LA MAJA.—(Queriendo incorporarle.)
¿Qué es eso, teniente?... ¡Arriba!...
(Algunos majos se acercan a socorrerle.)

RUIZ.—(A los hombres.)
¡Muchachos, seguid luchando!...
¡Viva España!...

(Se desploma desmayado en brazos de Benita.)

TODOS.—¡Viva!... ¡Viva!...
(Por el fondo de la calle se ven los morriones de los granaderos franceses.)

LA MAJA.—(Contemplando un instante al teniente Ruiz, sobre cuyo cuerpo inanimado solloza Benita Pastrana.)
¡Oh, alma temeraria y fiera,
que vencida por la suerte
caíste al pie de tu bandera!...

¡Yo sabré vengar tu muerte!...
(En un arranque de fiera, arrebatando de la mano del teniente Ruiz la tea encendida. Los majos que se agrupan bajo el arco se apartan y a lo lejos, en el fondo de la calle, se ven las avanzadas del ejército francés.)

¡Todo el odio que, encendido,
ruge en nuestro corazón,
en metralla convertido
derrama, viejo cañón,
sobre esa tropa arrogante
que con nosotros se ensaña!...
(Aplica la mecha la cañón. El cañón atruena, y entre el humo de la pólvora y el resplandor rojizo del disparo, se ve la figura trágica y bella de la Maja, señalando con la tea, aun humeante, el campo de batalla.)

¡Madrileños, adelante!...
¡Viva España!... ¡Viva España!...
(Entre los vivas ensordecedores de la multitud, desciende rápidamente el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Un claro del bosque en la Montaña del Príncipe Pío. Al fondo, tras el paisaje agreste que amortaja en un silencio trágico la obscuridad de la noche, la confusa y lejana silueta de la ciudad. A la izquierda el comienzo abrupto de un bosque. A la derecha, la tosca fachada de una casa rústica, en cuya puerta se tambalea sinestramente la luz rojiza de un farol.

El sargento Fournier y José Leblanc conversando en el primer término de la derecha. Un centinela en la puerta de la casa, y otro en el practicable del fondo.

FOU.—¡Si ha sido sangrienta y ruda

la revuelta popular,
el castigo fué, sin duda,
más duro y más ejemplar,
que hasta la noche está muda
de espanto, y de horror se asombra,
viendo la tragedia inmensa

que sus pavores condensa
en el pavor de su sombra!...
¡Cayó la turba, indefensa;
y entre las charcas del suelo
se ve la sangre humear
como si en su desconsuelo
a Dios se quisiera alzar,
clamando, venganza al cielo!...
¡Ya de tanto fusilar
a mansalva y en montones,
por esos verdes pensiles,
en las manos varoniles
se enrojecen los cañones
de nuestros viejos fusiles!...
¡Se cobra con avaricia,
y tal rigor, en verdad,
mucho más que a la justicia
se parece a la crueldad!...
¡Murat es altivo y fiero,
y en su amor a la matanza,
bien se advierte y bien se alcanza
que es hijo de un carnicero!...
LEB.—¡De él piedad no hay que esperar
que es duro su corazón!...
¡Con razón Napoleón
le eligió para domar
la altivez de esta nación!
¡Y su rigor no me extraña,
que en diez años de campaña
recorrí la Europa entera,
y no hallé gente tan fiera
como la gente de España!...
¡Pues todo el que la luz ve
sobre esta tierra florida
de toros y autos de fe,
tanto ama la muerte, que
pierde, riendo, la vida!.....
FOU.—¡Ayer se vió lo que era
esta raza altiva y fiera
que en la contienda bravía,
al expirar, sonreía
abrazada a su bandera!...
¡Cayeron como racimos,
con tal brío, que sentimos
por su suerte compasión,
y a veces, de admiración
hasta el fuego suspendimos!...
¡Y sé de algún veterano
que, al ver estrellarse en vano
tantos heroicos arrojos,
con el dorso de la mano
llegó a enjugarse los ojos;
y tirando bruscamente
la mecha, dobló la frente,

prefiriendo así acabar
primero que disparar
contra un pueblo tan valiente!...
LEB.—¡Por ser tanto su valor
y tan grande su denuedo,
debemos con tal rigor
tratarle, que amanse el miedo
las furias de su rencor!...
FOU.—¡Mas es rigor singular,
propio sólo de las fieras
del desierto, el fusilar
a una mujer por llevar
en el seno unas tijeras!...
LEB.—¡Esa es la guerra!...
FOU.—¡Prefiero,
a fusilar traicionero
al noble pueblo español,
relampagueante el acero
bajo la gloria del sol
que nuestros triunfos pregona,
batir en Rusia cosacos,
o acuchillar austriacos
como en el puente de Anconal...
¡Que así, si caigo en la empresa,
expiraré sin rubores,
envuelto en los tres colores
de la bandera francesa!...

Dichos y un soldado francés que penetra por el fondo.

SOLDADO.—(*Cuadrándose ante Fourmier.*) ¡Sargento mayor!...
FOU.—(*Volviéndose.*) ¿Qué pasa?...
SOLDADO.—(*Señalando al practicable del fondo.*) ¡Nuevos presos!...
FOU.—Avisad
al capitán y sacad
a la puerta de esa casa
cuatro sillas y una mesa...
¡Encended otra farola!...
(*El soldado penetra en la casa a cumplir las órdenes.*)
CENTINELA.—(*Del fondo, a la patrulla que se acerca custodiando a la Maja, Benita Pastrana, Juan Malasaña, el abate Villanueva, don Miquelito y algunos majos.*)
¿Quién vive?
UN SOLDADO DE LA PATRULLA.—
¡Gente francesa!...
MAL.—(*Con altivez.*)
¡Y también gente española!...

¡Que no es justo, vive Dios,
que a la francesa nombréis
tan sólo, cuando sabéis
que venimos de las dos!...

Dichos, la Maja, Benita Pustrana, el Abate Villanueva, Juan Malasaña, don Miguelito y algunos majos, presos, custodiados por una patrulla de granaderos, mandada por un oficial, que avanza hasta el centro de la escena.

LEB.—(Imponiendo silencio a Malasaña.)

¡Silencio!... ¡No hablad tan fuerte!...

MAL.—(Con arrogancia.)

¡Si mi palabra os sofoca,
podéis sellar esta boca
con el plomo de la muerte!...

VILL.—(Con serenidad.)

¡Callad, tío Malasaña!...
¡No es hora de discutir,
sino de saber morir
cual nobles hijos de España,
sin rabias y sin enojos,
con profunda devoción,
en Dios clavados los ojos
y en la patria el corazón!...

(Se hace un silencio profundo. Los soldados colocan una mesa y cuatro sillas en la puerta de la casa. En el umbral aparecen el capitán Lafevre y dos oficiales, precedidos de un soldado con una farola, que coloca sobre la mesa. Los soldados se cuadran ante los oficiales. El capitán Lafevre se sienta en el centro de la mesa, cercado de los oficiales.)

Dichos, el capitán Lafevre y dos oficiales.

LAF.—(Al oficial que manda la patrulla.)

¡Que los reos se aproximen!...

¡Cuántos son?...

OFICIAL.—(Entregándole un rollo de papel.) Siete...

Aquí están

pruebas que atestiguarán
la magnitud de su crimen...

(El oficial, a una indicación del capitán, se sienta a su lado. Los siete prisioneros avanzan, colocándose ante la mesa.)

LAF.—(Después de hojear el proceso, con voz grave y dura, a los prisioneros.) Se os acusa aquí de ser reos de lesa traición...

VILL.—(Serenamente.)

¡Si es un crimen defender,
los fueros de la nación
que guarda, como trofeos,
las glorias de nuestras gentes,
todos los aquí presentes
de ese crimen somos reos!...

(Nuevo silencio, durante el cual el capitán vuelve a hojear el proceso, y un oficial escribe.)

LAF.—(Alzando la frente.)

A un sacerdote, llamado
el abate Villanueva,
se le acusa, con la prueba
testifical de un soldado,
de haber clavado su acero
al cuello de un coracero
que, caído del corcel,
próximo a morir, primero
quiso confesar con él!...

VILL.—(Adelantado un paso del grupo.)

Es cierta la acusación;
mas una equivocación
mi memoria en ella advierte...

¡Primero le dí la muerte,
y después la absolución!...
(Se vuelve al grupo.)

LAF.—(Leyendo.)

Un majo anciano, llamado
Juan Antonio Malasaña,
está también acusado
de haber en esta campaña,
por la espalda, asesinado
a un coracero francés!...

MAL.—(Interrumpiéndole.)

Ese testimonio miente
en todo, mi capitán, pues
no fué uno, fueron tres,
¡y los maté frente a frente!...

LAF.—(Volviéndose a leer.)

Otro: Miguel de Alarcón...

MIG.—(Interrumpiéndole, con to^a a la cortesía de un petimetre.)

Permitidme: Don Miguel...

¡No me suprimáis el don,
que quiero morir con él!...
El fué la mejor herencia
que guardo de mis abuelos,
y si pierdo la existencia

quiero ir con don a los cielos.
LAF.—Pues bien, señor don Miguel de Alarcón, sois acusado de haberos visto inclinado, en la calle de Amaniel, sobre un oficial caído que se desangraba herido, con la intención de robarle...
MIG.—(Con fiereza.) ¡Mienten!... ¡No soy un ladrón!... ¡Me incliné para arrancarle mi espadín del corazón!... ¡Le tiré con tal anhejo, que después de atravesar su cuerpo, se fué a clavar aun más de un palmo en el suelo!... ¡No extrañad que su hoja fuera a un tiempo tan firme y rara, que ni al herir se curvaba ni al clavarse se partiera, pues con bizarro denuedo torjaron sus férreos trazos, a fuerza de martillazos, sobre un yunque de Toledo!... ¡Pues lo mismo que ese acero, que a nadie su temple humola, es el orgullo atenero de la firmeza española!...
LAF.—(Leyendo de nuevo.) Benita Pastrana Albar. Se le acusa de guardar escondida en su morada una bandera arrancada del Parque, y al intentar un registro, altiva y fiera, fuego a la casa prendió para salvar la bandera...
LA MAJA.—(Interumpiendo, en un arranque de generosidad, para salvar a su amiga.) ¡No fué ella!... ¡He sido yo!... ¡Yo fui culpable!... ¡Yo sola!... ¡Y el mundo entero quemara antes que un francés hollara la noble enseña española!...
LAF.—(Atajado.) ¡Silencio!... (Dirigiéndose a Benita Pastrana.) ¡Que la acusada responda!... ¿Es cierto?...
BEN.—(Como quien despierta de un sueño.) ¡Es verdad!...
LA MAJA.—(A los franceses.)

¡No escuchadla!... ¡Está ofuscada!... ¡Perdió la razón!...
LAF.—(Con imperio, a la Maja.) ¡Callad!
BEN.—(Adelantándose.) ¡Por Dios juro que yo he sido!... (Volviéndose, implorando a la Maja, que intenta detenerla.) ¡No insistas más, por favor, que al mentir diera al olvido el ejemplo de mi amor!... ¡Amor que mi orgullo era y que se llevó en la caja al morir, mi vida entera, sirviéndole de mortaja las glorias de su bandera!... (Rendido por la emoción va a desplomarse. Don Miguelito y el Abate la sostienen.)
LAF.—(Volviendo a leer.) Una maja cuyo nombre en todo el barrio se ignora... (La Maja se adelanta.) ¿Cómo os llamáis?...
LA MAJA.—No os asombre que oculté mi nombre ahora, porque quiero en esta empresa bajar a la sepultura como una víctima oscura que la barbarie francesa a sus retrocesos humola...
LAF.—Mas, ¿sois dama principal?...
LA MAJA.—(Con orgullo.) ¡Dama o maja, me da igual, con tal de ser española!... Si mi capricho os extraña, y darme un nombre queréis, al sentenciarme podéis ponerme por nombre ¡España!... ¡Sin que mi orgullo os asombre podéis España escribir!... ¡Bien puede llevar tal nombre quien va por ella a morir!... Y, en fin, señor capitán, como falsas pueden ser las noticias que aquí os dan, (Señalando al pliego.) yo misma quisiera hacer de mis culpas relación... ¡Vuestra gente me ha acusado de haber, ayer, disparado en contra suya un cañón?...
LAF.—¡Tenéis razón! Ese es vuestro crimen...

LA MAJA.—¡Por el cielo,
señor capitán francés,
que no es crimen, que en su anhelo
de mirar su patria ilesa,
callar haga una manola
a la metralla francesa
con la metralla española!

OFICIAL.—¡Silencio!...

LA MAJA.—¡Pronto concluye!...

LAF.—¡Es un crimen!...

LA MAJA.—¡Me da igual!...

¡De ese crimen, con orgullo
me declaro criminal!...

Se que vais a condenarme,
y el fallo tranquila espero,
que si por España muero,
España sabrá vengarme...

*(Momento de silencio y expectación,
durante el cual los oficiales cuchichean
entre sí, comentando el fallo con un
encogimiento de hombros.)*

LAF.—(Alzándose.)

Interrogados los reos,
y no encontrando, a pesar
de nuestros buenos deseos,
razones que atenuar
pudieran su proceder,
los siete son condenados,
sin más trámites a ser
por traidores fusilados...

LA MAJA.—(Con ímpetu.)

¡Traidores, los que, villanos,
con máscara de amistad,
se acogieron como hermanos
a nuestra hospitalidad;

y como tales sin tino
nuestra mesa compartieron
y de nuestro pan comieron
y bebieron nuestro vino,

en tanto que sus rencores
ocultaban bajo flores
de mentidas hermandades
que sinceras parecían,

los hierros con que querían
atar nuestras libertades,
para ofrecer nuestro honor
sin defensa encadenado,

como un león enjaulado,
a su altivo emperador!...

¡Traidores los que, mirando
al pueblo inerte en la lid,
lo fueron ametrallando
por las calles de Madrid;
y con cruel felonía

que al mismo crimen asombra,
por miedo a la luz del día,
los fusilan en la sombra!...
Y si tras tantos horrores,
aun pretendéis ser leales,
nosotros, por ser mejores
y no ser vuestros iguales,
preferimos ser traidores!...

LAF.—(A los soldados.)

¡Soldados, la ley cumplid!...

MAL.—(A los soldados, que los empujan hacia el bosque de la izquierda.)

¡Tengan paciencia y esperen,
que ya verán cómo mueren
los chisperos de Madrid!...

*segundo término de la izquierda, bajo el
gundo término de la izquierda, bajo el
macizo de la arboleda. Después retroceden algunos pasos, quedando en la
actitud en que los ha immortalizado el
pincel de Goya en su cuadro de los fusilamientos.)*

BEN.—(Enloquecida de dolor.)

¡No hay nadie que me sostenga
en esta noche de horror?...

(Don Miguelito la ampara en sus brazos.)

LA MAJA.—(Alzando los puños al cielo.)

¡España a tus hijos venga,
que a morir van por tu amor!...

(En el grupo, algunos se retuercen de ira, otros muestran el puño crispado a los franceses.)

VILL.—(Con profundo recogimiento,
señalando los ojos al cielo.)

¡Purifícanos, Señor,
en tus divinos crisoles!...

(Todos se arrodillan.)

¡Rezad en silencio, hermanos!...

¡Luchamos como españoles!...

¡Muramos como cristianos!...

*(Pequeña pausa en la que sólo se
sienten el amartillar de los fusiles y el
abejeo santo y milagroso de las ple-
garias. Algunos franceses vuelven el
rostro, emocionados de la grandeza
trágica del cuadro, y en más de una
mano tiembla el fusil.)*

VILL.—(Alzándose y bendiciendo a sus
compañeros.)

¡Os absuelvo y que Dios luego
en su piedad nos reciba!...

OFICIAL.—(Con voz trémula, marcando con la espada los tres golpes, al primer pelotón de soldados.)
¡Preparen!... ¡Apunten!... ¡Fuego!...
LOS PRISIONEROS.—(Al sentir la

descarga, en un clamor frenético.)
¡Viva España!... ¡Viva!... ¡Viva!...
(Algunos caen ensangrentados bajo el mazo de la arboleda.)
(Telón rápido.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Estudio de Goya, en su quinta a orillas del Manzanares. Al fondo un amplio ventanal, por cuyo hueco han de verse los paisajes primaverales de las riberas del río, iluminados por la luz gloriosa de una mañana de Mayo. En el ángulo de la izquierda, un diván verde con almohadones blancos. Frente al diván, casi en el centro de la escena, un gran caballete con el lienzo de La Maja vestida, vuelto hacia el fondo, para recibir mejor la luz del ventanal. A izquierda y a derecha, puertas. En las paredes, cuadros, tapices, aguas fuertes y dibujos reproduciendo la obra maravillosa del gran artista. Por la escena armas, arcones antiguos, sillones fríulinos, cosas bellas y artísticas. En el primer término, una mesita con libros, y junto a ella dos sillones de cuero de Córdoba.

Pedro Romero y el doctor Galíndez, conversando junto a la mesa del primer término.

PED.—La herida, ¿es de gravedad?

GAL.—La bala no se ha encontrado, y el sitio en que se ha alojado es peligroso en verdad, pues una emoción violenta, o algún movimiento fuerte, de pronto, sin darse cuenta, pueden causarle la muerte...

(Pequeña pausa. Se sientan.)

PED.—¡Pero qué alma tan entera!... ¡Apenas cobró el sentido, a don Francisco ha pedido

que el retrato prosiguiera!...

Y en su estancia está, hace rato, de su dolor olvidándose, vistiéndose y ataviándose para acabar su retrato, cual si sintiera el temor de que su vida acabara, antes que el lienzo ostentara la firma del gran pintor...

GAL.—¿Y Goya?...

PED.—Aunque a tal deseo con firmeza se negó, y disuadirla intentó, en el vivo centelleo de su mirar se veía que su alma indómita y brava, en sus ojos flameaba

de entusiasmo y de alegría...
(Los dos se levantan y se dirigen a contemplar, desde el fondo, el cuadro.)
 GAL.—¡Bello cuadro!... ¡Qué portentoso de dibujo y colorido!...
 A través de ese vestido, que tiembla al besarlo el viento, adivinan codiciosas nuestras pupilas serenas desnudeces de azucenas entre rubores de rosas...
 Tiembla en lascivos asombros la ondulante cabellera, como si se estremeciera al acariciar sus hombros; y son sus labios en flor en una sonrisa presos, como un desmayo de amor en un éxtasis de besos...
 Su abandono, el centelleo de su mirada infinita, todo parece que grita sin voz, a nuestro deseo que anhela romper los lazos en que su ansiedad le encierra:
 —¡Ven a gozar en mis brazos todo el placer de la tierra!... Soy el amor grande y fuerte, fecundo al par que homicida, que a veces nos da la vida y a veces causa la muerte...
 Jamás un pincel humano expresó con tal justeza la alucinante belleza y el encanto sobrehumano, al par árabe y latino, de la mujer española, como Goya, en el divino retrato de esa mancha...
 De belleza el alma ungida a su vista se estremeca...
 Un cuadro tal, bien merece darle en ofrenda la Vida...

Dichos y don Francisco de Goya, que penetra por la puerta de la izquierda.

GAL.—*(Corriendo a abrazarle.)*

¡Goya!

GOYA.—¡Querido doctor!

¡Qué tal la corte?...

GAL.—Después de tantas horas de horror,

¡como un cementerio est...

¡Y en los hogares desiertos, agobiado de tristeza, todo Madrid llora y reza

por el alma de sus muertos!...

GOYA.—¡No sufrid, amigo mío,

que el pueblo despertará

nuevamente, y con más brío

tanta sangre vengará!...

Esa paz es ilusoria,

y es falsa su postración:

¡tras el viernes de Pasión

vendrá el sábado de Gloria!...

¡Quizás nos llegó la hora

de ser lo que ser debemos;

y acaso, lo que creemos

que es crepúsculo, es la aurora

de un nuevo y glorioso sol

de grandeza y libertad,

que alumbre la inmensidad

del nuevo imperio español!

Esperanza hay que tener,

porque en esta tierra hurafia,

¡jamás una planta extraña

ha logrado florecer!...

¡No perded la confianza,

que en la paz como en la guerra,

lo que ningún pueblo alcanza

lo consigue nuestra tierra!...

¡Tierra áspera, dura y sola,

que sobre ella no tolera

la sombra de más bandera

que la bandera española!...

PED.—¡Qué patriotismo denota

vuestra profunda emoción!...

GOYA.—¡Cómo no ser patriota

si he nacido en Aragón!...

GAL.—¿Y la Maja?...

GOYA.—Vendrá presto,

que para el cuadro acabar

el lecho quiso dejar,

y por más que a ello me opuse

con su gusto se salió...

¡Buen Galíndez, por el cielo,

que es digna la tal modelo

de un artista como yo;

porque en mi vida afanosa

nunca halló mi arte ambicioso,

en un cuerpo tan hermoso

un alma tan valerosa!...

(Confidencialmente, bajando la voz.)

No os quisiera importunar...

Mas, decidme, ¿de qué suerte

la lograsteis arrancar

de las garras de la muerte?...

GOYA.—Con Murat tengo influencia,
y apenas supe que estaba
préss, y que la existencia
por España se jugaba,
en busca de Murat fui,
y a la etiqueta insumiso,
en su estancia me metí,
aun sin pedirle permiso...
¡Por cierto que para entrar
como el paso me impidiera,
a un paje tuve que echar
rodando por la escalera!...
¡Y allí los dos, cara a cara,
con tal firmeza le hablé,
que al fin y al cabo logré
que su perdón me firmara!...
Todo Madrid recorrí
a la modelo buscando,
indagando y preguntando
hasta que con ella di,
en tan críticos momentos,
que ya la fusielría
con sus descargas había
ensordecido los uertos.
La ejecución suspendí;
y a la luz amorata
de una farola, postrada
entre los muertos, la vi
inmóvil y ensangrentada.
Herido un hombro tenía;
¡y la sangre que corría
en temblores carmeses
por la herida estrecha y leve,
es un rosal de rubies
desbujándose en la nieve!...
*(Pequeña pausa, durante la cual Goya
requiere la paleta y los pinceles.)*
PED.—*(Sonriente, y con malicia.)*
¡Ya se lo advertí al pintor!...
GOYA.—¿Qué advertiste?...
PED.—Que creía
que la mano del amor
el retrato firmaría...
GOYA.—*(Interrumpiéndole brusca-
mente.)*
¡Romero, los labios sella,
porque el amor, a mi edad,
o es crimen o es necesidad!...
PED.—*(Viendo aparecer a la Maja por
la puerta de la derecha.)*
¡Silencio, que aquí está ella!...

Dichos y la Maja, que penetra ataviada y vestida como aparece en el lienzo inmortal, por la puerta de la izquierda, sostenida por dos esclavas muñatas. Todos acuden en su auxilio, ayudándole a reclinarsse en el diván del fondo. Las esclavas se inclinan y desparecen.

GAL.—*(A la Maja con cariñosa solicitud.)*

¿Qué tal?...

LA MAJA.—*(Con voz débil pero firme.)*

¡No siento el dolor
que me produce la herida,
sino vergüenza y furor
de ver mi patria vencida
a los pies del invasor!...

PED.—Da al olvido ese pesar,
que los pasados reveses
ya los sabremos vengar...
¡Con rédito a los franceses
les vamos a hacer pagar
tanta sangre derramada!...

(Anmóndola, mientras Goya se dispone a pintar.)

¡Conque alegre la mirada
y tus dolores aquieta,
que ya tiene preparada
don Francisco la paleta!...

LA MAJA.—*(Reclinándose trabajosamente en el diván.)*

Y yo, ahogando mi dolor,
con el rostro plácido
encendido de rubor,
para cumplirlas, espero
las órdenes del pintor...

(Pedro Romero y Galíndez se retiran, volviendo a sentarse junto a la mesa del primer término.)

GOYA.—*(A la Maja.)*

¡Vuelve tus ojos aquí!...

(Reparando en la contracción dolorosa del rostro.)

¡Mas te puedes fatigar
de estar reclinada así!...

LA MAJA.—*(Disfrazando su dolor con una vaga sonrisa.)*

¡Preocuparos de pintar,
y no os preocupéis de mí!...

GOYA.— (*Contemplándola mientras pinta febrilmente.*)

Pues empecemos... Jamás
te contemplé la mirada
tan bella como ahora estás
en el diván reclinada...
Por tu indolencia, más bien
que maja fiera y arisca,
pareces una odalisca
en los ocios del harém...

El dolor te hace más bella;
y aun la misma calentura
que en tus pupilas destella,
aumenta más tu hermosura,
pues el fulgor que desprende
hace tus labios más rojos,
y soles de fuego enciende
en la noche de tus ojos...
Como un mármol reluciente
ungido por el amor,
la palidez de tu frente
parece, bajo el negror
de las profundas guejetas,
que espera un beso inmortal
que calme su desconuelo;
y es el arco de tus cejas
una ojiva, por la cual
se puede mirar el cielo...

(*La Maja ahoga una queja entre sus labios.*)

¡De qué te quejas?...

(*Queriendo ir a ampararla.*)

LA MAJA.— (*Deteniéndole con un gesto.*)

¡Aun cuando
el dolor me haga morir,
sin que os duela mi sufrir,
podéis proseguir pintando!...

¿Qué es la vida comparada
con el placer, vive Dios,
de mirarse retratada
por un pintor como vos?...

¡Seguid pintando, sin prisas!...

GOYA.— Para el retrato acabar
sólo falta matizar

el rosa de esas sonrisas
que florecen indolentes,
dando a las rosas agravios,
entre el blancor de los dientes
y el bermellón de los labios!...

LA MAJA.— (*Palidísima, haciendo un*

esfuerzo horrible para sonreír vagamente.)

¡Pues entonces sonreiré
de cariño estremecida,
y en mi sonrisa os daré
la última flor de mi vida!...

¡De esta vida que quisiera
para brindaros su olor,
ser la más fragante flor
de una eterna primavera!...
(*Pequeña pausa. de desfallecimiento,
con la voz débil y trémula como un suspiro.*)

Aunque tranquila me veis,
daos prisa en terminar
si en ese lienzo queréis
mi sonrisa retratar,
que ya el corazón me advierte
que si no pintáis de prisa,
recogeréis mi sonrisa
de los labios de la muerte!...

(*Como desvariendo, mientras Goya prosigue, en un arrebató de inspiración, pintando como un poseído.*)

¡Mi sonrisa!... Al sonreír
entre mis dientes la muerdo...

¡Es el único recuerdo
que mi alma os lega al morir!...

(*S queda rígida e inmóvil, desplomada sobre el diván, con una vaga y dulce sonrisa casi imperceptible en los labios. Pedro Romero y el doctor Galíndez, que han seguido con profunda ansiedad el diálogo anterior, acuden a socorrerla. Goya continúa, ajeno a todo, dando los últimos toques al retrato, poseído de la fiebre del arte.*)

PED.— ¡Desmayóse!...

¡No fué nada!...
(*Reconociéndola.*)

¡De nuevo le herida abierta!...

GAL.— (*Volviéndose a Pedro Romero.*)

¡Mira!... ¡No está desmayada,
Pedro Romero, está muerta!...
Su frente y sus manos toca...
Son de hielo...

(*Bendiciéndola.*)

PED.— ¡Ya cumplió
su promesa, pues murió
con la sonrisa en la boca!...

GOYA.— (*En un orgullo supremo de orgullo de artista, volviendo el caba-*

llete para que puedan contemplar el retrato.)

¡No ha muerto, que aún viva, en esa tela de luz y armonía, a la muerte desafía!...

¡Si ella cumplió su promesa, yo también cumplí la mía!...

¡En ese lienzo, mirad cómo a sus plantas sumisa, se postra la eternidad!...

(Contemplando el cadáver de la Ma-

ja, a cuyo lado permanecen, de rodillas, Pedro Romero y el doctor Galíndez.)

¿Que ella ha muerto?...

(Con la altiva soberbia de un dios que crea.)

¡No es verdad, que en pago de su sonrisa le di la inmortalidad!...

(Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

B. Dip. Almería

AL-821-VIL-maj



1004474